

Hombre de bien, mas sin maña
 Todo lo emprende con saña,
 Y son, segun les inclina
 Su afecto á mozos de esquina,
 Las acémilas de España.

MARAGATOS.

Los maragatos, bonazos,
 No son bestias por un tris,
 Pues cualquiera del país
 Es un pobre calzonazos;
 Venciendo mil embarazos,
 Van y vienen muy aprisa
 Con sus lienzos; y es la risa,
 Que así como me lo quiero,
 Se llevan nuestro dinero,
 Aunque nos dan la camisa.

GALICIA.

No se les puede negar
 A los gallegos más legos,
 Que vale por mil gallegos
 El que llega á despuntar;
 No prueba su paladar
 Más que coles y pan seco,
 Y hasta el anciano más clueco
 Baja el verano á segar
 Con gusto á todo lugar,
 Méno al Lugar de Meco.

VIZCAYA.

El vizcaíno severo,
 Con dureza nunca oída,
 Prefiere siempre á su vida
 La defensa de su fuero;
 Es amigo verdadero,
 Es un mercader honrado,
 Es marinero arrestado,
 Y es capaz con entereza,
 Sin cansarse la cabeza,
 De escribir más que el Tostado.

NAVARRA.

Navarra, en la realidad,
 Da de sí la gente honrada;
 Y aunque es un poco pesada,
 Guardan palabra y verdad;
 En todo tiempo y edad
 Son terribles comedores,
 Igualmente bebedores,
 Y todos son traficantes,
 Asentistas, comerciantes,
 Indianos y capadores.

RIOJA.

Es la gente riojana
 Oficiosa de manera,
 Que muy bien á otra cualquiera
 La puede cardar la lana;
 Es fuerte, robusta y sana,
 Y tiene todo su gozo,
 Desde el más viejo al más mozo,
 Vivir en campaña rasa,
 Y abandonando su casa,
 Pasar la vida en un chozo.

MONTAÑES.

Es del montañes la gloria,
 Guardar por antigua prenda,
 En una pequeña hacienda
 Una grande ejecutoria;
 Del noble país la historia
 Toda alojería embebe;
 Y creo, pues se le debe
 Al montañes esta maña,
 Que es la nobleza de España
 Más cercana de la nieve.

MADRID.

Aun las personas más sanas,
 Si son en Madrid nacidas,
 Tienen que hacer sus comidas

De píldoras y tisanas;
 Diamantes como avellanas,
 Estirado corbatín,
 Ricas vueltas y espadín
 Suele ser su adorno bello;
 Mas siempre marcado el cuello
 Con sellos de Anton Martín.

ALCARRIA.

El alcarreño sencillo
 En su modo de vivir,
 No sabe jamas salir
 De entre romero y tomillo;
 En cualquiera lugarcillo
 Se cria gente muy fiel,
 Echan los pobres la hiel
 Trabajando como brutos,
 Y al fin sus colmados frutos
 Es un poquito de miel.

MANCHA.

Al que llega á caminar
 Por la Mancha, sin falencia
 Le enseñan con gran frecuencia
 La horca ántes que el lugar;
 No gustan de trabajar,
 Es gente de poca espera,
 Arman pronto una quimera,
 Y nunca de hambre se mueren;
 Pues son dueños, cuando quieren,
 De lo que tiene cualquiera.

EXTREMADURA.

Espiritu desunido
 Anima á los extremeños,
 Jamas entran en empeños,
 Ni quieren tomar partido;
 Cada cual en sí metido,
 Y contento en su rincón,
 Aunque es hombre de razon,
 Vivo ingenio y agudeza,
 Vienen á ser por pereza
 Los indios de la nacion.

ANDALUCÍA.

Al andaluz retador,
 Y excesivo en ponderar,
 No se le puede negar
 Que es gente de buen humor;
 Viven sin pena y dolor,
 Galantean á sus madres,
 Jamas están sin comadres,
 Y en sus desafíos todos
 Se dicen dos mil apodos,
 Y luégo quedan compadres.

ARAGON.

El aragones osado,
 Todas las cosas emprende
 Con teson, y las defiende
 Con espíritu arrestado;
 Testarudo y porfiado,
 A nadie cede su gloria,
 Y para formar su historia
 Jamas perdona fatiga,
 Y aspira siempre á la intriga,
 Al dominio y la memoria.

CATALUÑA.

El catalan officioso,
 Carruajero, navegante,
 Mercader y fabricante,
 Jamas vive con reposo:
 En un país escabroso,
 A costa de mil afanes,
 Marca tierras, hace planes;
 Y aunque sea en un establo,
 Al fin por arte del diablo
 Hace de las piedras panes.

VALENCIA.

Valencia, fuera de chanza,

Que infunde á todos infiero
 Un espíritu ligero,
 Muy dispuesto á la mudanza;
 Llevan muy floja la panza,
 Son de corazón muy frio,
 Habitan siempre en el rio,
 Y al fin tienen de este modo
 La sustancia para todo
 De gente de regadio.

MALLORCA.

Del mallorquin el tesoro
 Es el aceite y el vino,
 Aborrece al argelino
 Y á toda casta de moro;
 Aman la plata y el oro,
 Y guardan bien su peculio;
 Todo el año es mes de Julio,
 Y con rara devocion
 Dan culto y veneracion
 A su Raimundo de Lulio.

MURCIA.

El murciano, trabajando
 Alegre en su barraquilla,
 Al són de una guitarrilla
 Pasa la vida cantando;
 El suele de cuando en cuando
 Jugar una morisqueta;
 Pero es su intencion escueta
 Cuidar de sus naranjicos,
 Criar cuatro gusanicos
 Y guiar una carreta.

PORTUGAL.

Piensa el portugés finchado
 Que es más que un rey de otra parte,
 Que sujeta al mismo Marte
 Y que al mundo ha dominado;
 Que á todos la ley ha dado,
 Que es más fuerte que Sanson,
 Más sabio que Salomon,
 Y creyendo lo que ves,
 Todo, todo esto es
 Un terrible mentiron.

CANARIAS.

El canario, siempre vago,
 Buscando en el mar su vida,
 Hace toda su comida
 Con un plátano y un trago:
 Los ingleses con halago,
 Sacan el fruto que encierra
 Su fértil y hermosa tierra,
 Y vienen á ser con maña
 Vasallos del rey de España
 Y hermanos del de Inglaterra.

AMÉRICA.

El indiano con ardid
 Vence mil riesgos, y gana
 Mucho dinero en la Habana
 Para gastarlo en Madrid;
 El vive en continua lid,
 Y su paradero es,
 Con todo el afan que ves,
 El ser pretendiente eterno
 De un hábito, de un gobierno,
 O un título de marqués.

SONETOS.

DESCRIPCION DE LAS CUATRO ESTACIONES
DEL AÑO.

I.

INVIERNO.

Cubierta la escarpada y alta cumbre,
 En el rígido invierno, con la nieve,

El agitado viento el árbol mueve,
 Y el yerto Labrador busca la lumbre.
 De las nubes la espesa muchedumbre
 El claro sol á oscurecer se atreve,
 Alterando los rios, cuando llueve,
 De su nativo curso la costumbre.
 La granizada, escarcha y duro hielo
 Erizan al pastor con fria saña,
 Y al punto que la antorcha clara y rubia
 Del fugitivo sol oculta al cielo,
 Duerme Silvio abrigado en su cabaña
 Al recio són del viento y de la lluvia.

II.

PRIMAVERA.

A los soplos del céfiro templado,
 Amanece sereno y claro el día,
 Y desterrada ya la estacion fria,
 De esmeralda se viste el verde prado.
 De los tiernos pimpollos coronado
 Se ve el chopo en la selva más sombría,
 Y el abierto boton con alegría
 Deja el suelo de grana matizado.
 Sale Nise al jardín y coge rosas,
 Disfruta el cazador el campo bello,
 Deliciosos amores canta Fabio,
 Y recostado en hierbas olorosas,
 El rústico zagal levanta el cuello,
 Y á la dulce zampoña aplica el labio.

III.

VERANO.

Toca la cumbre del sereno cielo
 La benéfica luz de los mortales,
 Y apenas ve de Cáncer los umbrales,
 Abrasa el seco y agostado suelo:
 El tosco segador busca consuelo
 Del arroyo y la fuente en los cristales,
 Cuyos frescos y líquidos raudales
 Apaciguan su sed y su desvelo.
 Recoge el Labrador la miés dorada,
 El tardo buey la trilla y acarrea,
 El cansado gañan duerme á la sombra;
 Y al mirar su cosecha asegurada,
 Vuelve con esperanza á su tarea,
 Y con ella en su afan nada le asombra.

IV.

OTOÑO.

Del abrasado sol la rubia cara
 Se vuelve á la region del polo helado,
 Y viendo ya su fruto sazonado,
 Silvano á la vendimia se prepara.
 Examina la vid su mano avara,
 Y cortando el racimo delicado,
 En el lagar antiguo y remostado
 Le exprime, y en vasijas le separa.
 A las primeras lluvias officioso
 Rompe la tierra el rústico aldeano,
 Cuida el simple pastor la tierna cria,
 Vuelve aquél otra vez, y presuroso
 Renueva el hondo surco y siembra el grano,
 Que espera recoger con alegría.

V.

LAS CUATRO EDADES DEL HOMBRE I

Al mundo sale del nativo seno

El hombre, de congostas rodado,
 Y en la inocente cuna reclinado,
 De defensa y razon se mira ajenos
 De amargo llanto y de ternura llenos
 En abundantes lágrimas bañado,

Busca el materno pecho regalado,
Y en él duerme pacífico y sereno.
Va creciendo despues, y poco á poco
De la edad el estímulo le instiga
A los inquietos juegos y disputas.
Ligero corre de alegría loco,
Y suele ser el fin de su fatiga
Un pájaro, una flor ó algunas frutas.

VI.

JUVENTUD.

Luégo que el viso del reciente bozo
Cubre el adulto labio floreciente,
El influjo de Júpiter ardiente
Infunde alientos al robusto mozo.

Todo lo emprende con valor y gozo,
Siendo de aquella edad regularmente
La diversion y empleo más frecuente
La danza, el regocijo y alborozo.

Cuál en el rudo campo se ejercita,
Cuál se entrega al amor y al galanteo,
Cuál en las ciencias busca su bonanza,
Cuál navega y comercia, cuál milita,
Siendo todo el afán de su deseo
La mujer, el aplauso y la esperanza.

VII.

EDAD DE CONSISTENCIA.

El sol de la razón llega dichoso
Al cenit de la edad de consistencia,
Y del hombre el talento y la prudencia
Forman el equilibrio venturoso.

Para su quieta vida y su reposo,
Mujer elige con madura ciencia,
Más que por el íman de su presencia,
Por su modesto porte virtuoso.

Busca para su casa el alimento,
Paga el justo tributo establecido,
Él da para la guerra el hijo amado,
Llenándose de gozo y de contento,
Al ver que con su industria ha socorrido
A su esposa, á sus hijos y al Estado.

VIII.

ANCIANIDAD.

Pende de la cabeza reverente
El nevado cabello respetable,
Y cubre del anciano venerable
El flaco rostro y la arrugada frente.

Disimula pacífico y prudente,
Aconseja la suerte más durable,
Corrige al jóven con semblante amable,
Y persuade sabio y elocuente.

Sobre un bastón nudoso se reclina,
Y en movimientos tímidos y escasos
De la edad decaída que le agrava,
Desanimado y trémulo camina,
Y entre turbados macilentos pasos
Tropieza en el sepulcro, donde acaba.

IX.

DESCRIPCION DE LAS VIDAS SIGUIENTES.

DEL CAZADOR.

Apénas con risueña y blanda cara,
Desde el ancho balcon del horizonte,
La deliciosa aurora baña el monte,
Sale Silvio á gozar de su luz clara.
Registra el arcabuz y le prepara,
Rinde al ave por más que se remonte,
Y al punto que se oculta Faétonte,
Vuelve, y de su cansancio se repara.
Su mujer en los brazos le recibe
Con semblante apacible y halagüeño,

Toma y ve con placer lo que ha cazado,
Y con ello la cena le apercibe:
Cena alegre, y despues se entrega al sueño,
Sin temor, sin envidia y sin cuidado.

X.

DEL LABRADOR.

Al matutino canto valeroso
Del arrogante gallo, se levanta
El fuerte labrador, á quien no espanta
El trabajo más rígido y penoso.

Al animal domado y perezoso
El yugo pone y la cerviz quebranta,
Sale, y en su labor alegre canta,
Divertido, pacífico y gozoso.

Rompe la sazónada y blanda tierra,
Aplica el aguijón al buey pesado,
Toma algún corto y fácil alimento,
Y apénas por la cima de una sierra
Declina el sol, se vuelve, aunque cansado,
A cenar con sus hijos muy contento.

XI.

DEL PASTOR.

Suele el pastor que duerme prevenido
Dispertar al ladrido de algún perro,
Que sigue el fiero lobo por un cerro,
Animoso, tenaz y embravecido.

Reconoce el ganado en el sonido
Del destemplado y rústico cencerro,
Y en la limpia sarten de tosco hierro
Prepara el desayuno apetecido.

Ordeña en tarros la abundante leche,
Forma despues el queso delicioso,
Abre la red y suelta su ganado;
Y como allí no hay nadie que le aceche,
Templa el tosco rabel, y con reposo
Canta su amor alegre y sosegado.

XII.

DEL AMBICIOSO.

En sus vastas ideas desvelado,
El ambicioso deja el blando lecho,
Y jamás con su suerte satisfecho,
Pasa desde un cuidado á otro cuidado.

Necia y ocultamente dominado
De artificiosas máquinas su pecho,
Acréedor se juzga de derecho
Al empleo más digno y elevado.

De sus vanos deseos combatido,
No disfruta jamás el bien presente,
Haciéndole infeliz su propio anhelo,
Y al fin, de toda paz desposeído,
Solo reina en su espíritu impaciente
El ánsia, la codicia y el recelo.

XIII.

DE UN HÉROE.

De gloriosas empresas animado,
Del aplauso y la fama conducido,
Sólo pretende hacerse conocido
En la ocasión y lance señalado.

En los grandes trabajos arrestado,
Disimulado, intrépido y sufrido,
Aspira al ostentoso y preferido
Lugar entre los hombres más honrado.

Despreciando los riesgos y la muerte,
Se entrega á los peligros de tal modo,
Que ama ménos su vida que sus glorias,
Intentando vivir de aquesta suerte,
En el tiempo que vive, el tiempo todo
Que imagina vivir en las historias.

XIV.

Al feliz primer parto de la reina nuestra señora doña María Luisa de Borbon, siendo princesa de Asturias.

Ya se dignó aquel Dios de cuya mano
Depende de los hombres el consuelo,
Derramar generoso desde el cielo
El deseado bien al pueblo hispano.

El noble, el labrador y el artesano,
Cada cual solicita con anhelo
Modos de acreditar su heroico celo,
Alegres con un don tan soberano.

A los príncipes Dios concede un hijo,
Al católico rey un nieto augusto,
A las leyes reposo y confianza,
A la corte feliz un regocijo,
Al rebelde enemigo un nuevo susto,
Y á toda la nacion una esperanza.

XV.

A la temprana muerte del mismo señor Infante primogénito.

Aquel de la nacion tan deseado,
Y á sus rendidos votos concedido,
Hoy, en vez de monarca esclarecido,
En protector eterno se ha trocado.

De celestial diadema coronado,
Mejoró con su muerte de partido,
Pues logró ser al fin tan preferido,
Que Dios le anticipó mejor reinado.

El heredero infante venturoso,
Por una donacion de eterno juro,
Goza la posesion inalterable
Del reino más feliz y más glorioso,
Que en su mejor edad fué más seguro,
Y en no ser de este mundo más durable.

XVI.

Epitafio para un viejo de mal genio, de pequeño cuerpo y gran espíritu, á quien sus parientes en vida comieron cuanto tuvo, y habiendo sido acosado de burlas y chascos por causa de su ridicula figura, por lo cual él se irritaba mucho con los muchachos.

Aquí encierran los hados inhumanos
Al que se vió por rumbos diferentes,
En la vida comido de parientes,
Y en aqueste sepulcro, de gusanos;

Su cuerpecillo fué de los más sanos,
Su semblante encarnado, blancos dientes,
Pequeña talla, lomos excelentes,
Y un corazón más grande que sus manos.

Su genio impertinente y mal sufrido,
Seguido de muchachos y bufones,
Le tuvo siempre en guerra desmedida;
Pero ya llegó el tiempo prefinido
En que goza la paz de otras regiones
El que jamás la tuvo en esta vida.

CASOS Y CUENTOS VERDADEROS.

Caso visto por el autor.

Habia en un esquinazo
Un cartel de torear,
Y encima de él colocaron,
Por rara casualidad,
Otro de funcion de iglesia;
Y alguno, sin reparar,
Rompió del cartel de arriba
A lo largo la mitad,
Y de éste y el de los toros
Quedaron sin disregar
Todos los medios renglones
En figura lineal;
Y en la línea que formaba
Entre todos los demas,
Decia un medio renglon;

Por la tarde picará...
Y seguía el otro medio:
Frúy Fulano de Tal,
Casualidad que, por cierto,
Fué rara casualidad.

Caso acaecido en la plazuela de la Cebada.

Un arriero andaluz,
Animoso como él mismo,
Viendo que erraban un macho
Tan soberbio y tan maldito,
Que nadie le sujetaba,

Lleno de arrogancia, dijo:
Déjenme solo con él,
Que solo y sin otro auxilio,
Le sujetaré al instante.

Hiciéronlo así, y asido
A un pié del macho, al momento
El animalejo esquivo
Tiró una coza, y arrojó

Al andaluz atrevido
A la mitad de la calle.
Levantóse con ahinco,
Miraba por todas partes,
Y los demas, aturridos
De ver su serenidad,

Le preguntaron: amigo,
¿Qué buscas? y él respondió:
¿Qué he de buscar, vive Cristo?
Busco la pata, pues ¡qué!

¿No me la traje conmigo?

Exageracion de un andaluz.

Riñeron dos andaluces,
Y dijo al otro el más guapo:
Vive Dios que si te cojo
Y te tiro por lo alto,
Cuando vuelvas á caer

Sentirás más que el porrazo,
El hambre que has de pasar
En un camino tan largo.

Caso ingenioso.

Alojaron á un sargento
En casa de un boticario;
Este quiso resistirlo,
Pero no pudo exusarlo,

Apeló contra la fuerza
A la industria, y á un muchacho
Hizo con grande secreto
Trajese disimulado

Una víbora: el sargento
Preguntó muy asustado,
Viendo el reptil venenoso,
La novedad de aquel caso;

Y el boticario le dijo:
Las víboras escaparon
Del cajon donde las tengo,
Y las andamos buscando;

Esta ha parecido ahora,
Y en este conflicto estamos.
El sargento, temeroso
De un riesgo tan declarado,

Con una prisa indecible
Recogió todos sus trastos,
Y haciendo una cortesía
Dejó en paz al boticario.

Astucia de un soldado.

Por el reino de Galicia
Un soldado caminaba,
Y llegando á un lugarcillo,
Entró alegre en la posada.

Preguntó á la mesonera
Que qué de comer le daba;
Y ella le dijo que en todo
El lugar no había nada;

Y el soldado replicó

Con astucia y con cachaza :
 Habrá algunos guijarros
 De aquellos que hay en el agua
 De este arroyo que se ve,
 Que cerca del lugar pasa?
 Eso, señor, á montones,
 Respondió, pero ¿qué saca
 Para comer, de que yo
 Vaya ahora y se las traiga?
 Es que yo, dijo el soldado,
 Tengo el secreto y la gracia
 De cocerlos, y ponerlos
 Más sabrosos que unas natas,
 Y yo le enseñaré á hacerlo.
 Alegre como una pascua
 La sencilla mesonera
 Fué por ellos, con el ansia
 De enriquecerse con cosa
 Que tanto le acomodaba.
 Trajo una buena porcion,
 Y el soldado preguntaba :
 ¿Hay aceite? Si, señor :
 ¿Hay huevos y pan en casa?
 A todo dijo que sí;
 Y el buen soldado, con maña,
 Hizo de todo una sopa,
 Y se la comió con gana.
 Y viendo la mesonera
 Que los guijarros dejaba
 Y lo demas se comia,
 Le dijo muy admirada :
 ¿Por qué dejais los guijarros?
 Y él la respondió con gracia :
 Esos se dejan despues
 Que ya han dado la sustancia.

OCTAVAS.

I.

Epitafio para el sepulcro de un pretendiente de poco mérito, que siempre solicitó grandes empleos, y murió sin ninguno.

Siempre buscó el empleo su esperanza,
 Y la temprana muerte su fatiga,
 Jamas en lo que tuvo halló bonanza,
 Ni su dolor ansioso se mitiga,
 Y en el bien que pretende y que no alcanza
 De manera la pena le atosiga,
 Que el solicito afan de su deseo
 Antes halló la muerte que el empleo.

II.

Pintura y descripción del traje de un arriero.

Monterilla redonda, atravesada
 De alguna gruesa aguja con bramante,
 Varejon en el cinto por espada,
 Gordos botones de metal brillante,
 Follaje en el calzon, calza atacada,
 Coletto de grosero y duro ante,
 Con dos solapas bien cubierto el pecho :
 Ved aquí un arriero hecho y derecho.

III.

En elogio de la providencia adoptada para los campos-santos.

¡Viva la providencia saludable
 Que á Dios da culto y á los hombres vida!
 Huya la corrupcion abominable
 De su sagrada casa esclarecida :
 Respirese en el templo el agradable
 Aromático olor que á orar convida;
 Triunfen ya los inciensos primitivos,
 Y no maten los muertos á los vivos,

IV.

Descripción jocosa del membrillo.

Padre de la agri-dulce mermelada,
 Robusto fruto del fecundo otoño,
 Freno de la diarrea desbocada,
 Socio de la amacena y el madroño,
 Dentera de la gente delicada;
 Tú haces desde Pekin hasta Logroño
 Las ropas odoríferas y sanas,
 Encerrado en las arcas aldeanas.

V.

Retrato de los currutacos.

Zapatos en figura de lanceta,
 De un crecido pirámide el sombrero,
 Ajustado calzon, corta chaqueta,
 Peinado de indio bravo y oso fiero,
 En vez de charreteras agujeta,
 Y á modo de hospiciano y choricero,
 Cubrirse de un angosto y largo saco :
 Ved aquí en realidad un currutaco.

MADRIGALES SERIOS Y JOCOSOS.

I.

A un amigo que iba de obispo á la India oriental en tiempo calamitoso.

No fué de la fortuna contingencia
 El venturoso estado
 A que Dios te ha elevado
 Por justa providencia,
 Que fué de ésta decreto venerado;
 Bien lo muestra tu ciencia,
 Tu mérito acendrado,
 Tu porte acrisolado,
 Tu gran desinterés y tu prudencia.
 El cielo piadoso,
 Con su mano indulgente,
 Remedie por la tuya las desdichas
 De un infeliz país calamitoso
 Y á su afligida gente,
 Para que venturoso,
 Este nuevo destino del Oriente
 Sea el Oriente de mayores dichas.

II.

A cierto jóven militar de grandes esperanzas, con el motivo de su temprana y repentina muerte.

En el durable bronce atentamente
 Calíope su elogio preparaba,
 Y Júpiter pensaba
 Premiarle dignamente :
 La historia entre su gente
 Lugar le destinaba,
 Y el artífice diestro le labraba
 Estatua reverente :
 El laurel se jactaba
 De coronar su frente,
 Y la palma igualmente
 Autorizar su mano meditaba,
 Pero improvisamente
 Fué de la dura Parca sorprendido,
 Y á su saña rendido,
 De su espíritu activo y animoso
 Apagada se vió la ardiente llama,
 Y al influjo del hado riguroso,
 Tomando su fortuna nuevo aspecto,
 Quedaron sin efecto
 Su elogio, premio, estatua, gloria y fama,

III.

A un amigo que estaba para casarse con una señora muy hermosa y célebre poetisa.

No te puedes casar, Lisardo amigo,
 En poético cargo de conciencia,
 Con Flis, como tienes concertado,
 Y á decirte me obligo
 Que es nulo tu tratado,
 Si no practicas nueva diligencia;
 Pues aunque ella es mujer, es de otra especie,
 Siendo sin duda alguna
 Su ingenio y su hermosura más que humanos;
 Y así tu amor mi aviso no desprecie,
 Pues siendo el Pindo centro de su cuna,
 En los limites toca soberanos :
 Mira ahora, Lisardo, cuánto dista
 De nuestra humana clase su talento,
 Y considera atento,
 Para que con seguro y firme paso
 Tu conciencia serenes y reposes
 En tan estrecho caso,
 Si puedes, sin dispensa de los dioses,
 Casarte con un ángel del Parnaso.

IV.

A un mozo que se casó con una vieja rica de las señas siguientes.

Érase una mujer vieja y fruncida,
 Morena, roma, calva, patituerta,
 Desdentada, arrugada y tierna de ojos,
 Corcovada, pequeña y consumida,
 Y de un color al fin como una muerta,
 Con verrugas, con fuente y anteojos,
 Y algun parche pegado á trecho á trecho
 En la cara, en el cuello y en el pecho;
 Perdida de obstrucciones y de flatos,
 Y otros mil enfermizos aparatos.
 Vióla Lisardo un día, y espantóse,
 Y ella, que conoció su repugnancia,
 Pretendiendo á Lisardo por marido,
 La bolsa le enseñó, y él alegróse,
 Y quedando así el jóven complacido,
 Miróla de otra suerte, y en sustancia,
 Le pareció ya rubia y aguleña,
 Alta, derecha, blanca y encarnada,
 Graciosa y agradable,
 Y una persona al fin tan apreciable,
 Que con cara risueña,
 Sin reparar en nada,
 Lleno de regocijo y de contento,
 Se desposó al momento;
 Pues contra su decoro,
 Al codicioso jóven, con tal dicha,
 Del oro por el rápido portento,
 La vieja susodicha
 Le pareció una niña como un oro.

V.

Descripción de la vida de la mujer de un labrador.

Apénas se levanta de la cama,
 Barre la casa y pone la comida,
 El almuerzo prepara sin medida,
 Cala la sopa, y á sus hijos llama,
 Sale luego á la huerta,
 Y cerca de la puerta
 Corta la flor primera ó el retoño
 Que dan la primavera y el otoño,
 Y ordeñando una vaca,
 Que suele estar atada de una estaca,
 Saca la gruesa leche por azumbres,
 Y de pues en sus viñas y frutales,
 Y regados broncales,
 Llena un cesto de frutas y legumbres.
 Peina luego algun hijo diligente,
 Y el muchacho impaciente,

Lloroso é indigesto,
 A cada peinadura pone un gesto.
 Cuida de sus gallinas,
 Y luego presta el pan á las vecinas,
 Dándole á la más pobre y más escasa
 La comida que sobra de su casa.
 Pasa luego al tinado,
 Donde ceba algun cerdo,
 Y llenando el dornajo de salvado,
 Echa despues el heno preparado
 Al bucy cansado y lerdo,
 Que al rudo comedero tiene atado.
 A sus hijos remuda la camisa,
 Que ella hiló de la estopa
 Del más crecido lino
 Que se crió en el huerto de un vecino,
 Y sacando despues la mejor ropa,
 Les viste muy de prisa,
 Y si es dia de fiesta se va á misa.
 Pone luego la mesa á su marido,
 Y tomando algun jarro muy crecido,
 Se baja á la bodega,
 Y en el punto que llega
 Le llena en una cuba ó un pellejo
 Del generoso vino más añejo,
 Hasta que se derrama lo que sobra,
 Y come sin afan y sin zozobra.
 Quita la mesa y friega,
 Y si hace ya calor, la casa riega.
 Sale luego á la puerta, y hacendosa
 En el suelo se sienta,
 Y con maña curiosa
 Hila, devana y cose muy contenta.
 Cuenta por novedad á una vecina
 Que á su casa llegó la golondrina,
 Que ha visto ya aquel año la cigüeña,
 O que oyó la halagüeña
 Simple voz del cuquillo que ha llegado,
 O el sencillio gracejo
 Del avion, la tórtola y vencejo,
 Que vienen á su tiempo acostumbrado;
 Que se quebró la rueca,
 O que sacó los pollos una lueca;
 Que compró algun cedazo ó un harnero,
 O que atenta ha observado
 Del oscuro horizonte en las figuras,
 Las señales de lluvia más seguras,
 Que su diestro marido la ha enseñado.
 Acecha por la luz de un agujero
 A los traviesos hijos, que gozosos
 Se columpian airosos
 En las volantes puntas de un madero;
 Celebra sus pueriles regocijos,
 Hasta que ve que alguno de los hijos
 En el simple equilibrio se descuida
 Por mirar á un cordero ó una cabra,
 Y dando una caída,
 En algun pedernal se descalabra :
 Ella sale asustada de repente,
 Y tomando al muchacho diligente,
 Le tiende en un escaño,
 Y despues de azotarle le ata un paño.
 Al ruido llega el padre,
 Y con esto se acaba la contienda,
 Y la enojada madre,
 Más templada, les saca la merienda,
 Los acuesta temprano,
 Y á todos los desnuda por su mano.
 Despacha sus pastores y gañanes,
 Poniendo en un costal de lienzo grueso
 Aceitunas y queso,
 Pimientos, ajos, sal y algunos panes.
 Toma la almohadilla,
 Y á la luz de la vela que más brilla,
 Se divierte cosiendo,
 Hasta que el sueño así la va viniendo,
 Y acostándose al fin con gran descuido,
 Duerme con tanta paz como el marido.

VI.

Con motivo de haber arruinado la pequeña casa de campo que el autor mandó hacer en los altos que hay saliendo por la puerta de Recoletos, camino de la Fuente Castellana.

Por vivir con descanso en esta vida,
Nada quise tener en este mundo;
Tentóme la ambición, y hice una casa,
Aunque de una estructura tan escasa,
Que en su justa medida,
El diámetro mayor y más profundo
Era de nueve pies estrechamente;
Pero la ruda gente
Que por aquellos campos gira errante,
Viendo con evidencia
Que en la filosofía,
De sus sabios preceptos ignorante,
En tener esta casa me excedía,
Por enseñarme tan divina ciencia,
La derribó inhumana,
Llevándose la puerta y la ventana;
Y en este para mí dichoso día,
Con discreta y benigna violencia,
Prudentes me robaron
El único cuidado que tenía,
Y más feliz que estaba me dejaron.

VII.

Con motivo de haberla vuelto á componer.

Arruinada la casa ciertamente,
Creí ya no tener cuidado alguno;
Pero improvisamente
Se me fueron viniendo uno por uno,
Todos mucho mayores que el pasado,
Y yo, desengañado
De que poder el hombre estar sin uno
Es un caso negado,
Viendo lo que me pasa,
De volverme al primero formé empeño;
Y conociendo ser el más escaso,
Del mal el ménos, dije en todo caso,
Reparando otra vez la estrecha casa,
Y volviendo al cuidado más pequeño.

VIII.

A cierto amigo de las señas siguientes.

En tu escasa fortuna te imaginó
El hombre afortunado,
Que en este mundo inquieto
Puede vivir más quieto,
Alegre y descuidado;
Pues en todo paraje y ocasiones,
Para vivir tranquilo, sin segundo,
Tu pobreza te libra de ladrones,
Tu pequeño destino de envidiosos,
Y tu fea mujer de licenciosos:
Ve si hay más que temer en este mundo.

IX.

A un amigo que aconsejaba al autor que se sirviera de mujeres para el mayor asco de la casa.

Yo no quiero mujeres, porque, en suma,
Si la mujer es moza es arriesgada,
Y con desgracia suma,
Cuando es vieja no sirve para nada;
Y así en todas edades,
Por tan graves razones,
O tendré que sufrir murmuraciones,
O sus enfermedades;
Y si es por el aseó,
Yo en todas partes veo
Que aunque ellas con la fama se han cargado,
Hay hombres que lo son demasiado.
Y al fin, viendo en el mundo lo que pasa
En cosas que se ven á cada paso,
Me sirvo de un honrado hombre soltero,

Y mujeres no quiero,
Porque tener deseo, en todo caso,
Más limpia la conciencia que la casa.

X.

A un amigo que le decía que por qué no imprimía sus papeles por su cuenta.

Yo doy de mil amores
El trabajo y ganancia á mi librero,
Huyendo de tratar con impresores,
Y otras cosas que infiero,
Que costarán molestia y sinsabores.
Y últimamente, amigo, porque quiero,
Viendo mi bolsa escueta
De oro, de plata y cobre,
Si á fuerza de ser pobre,
Puedo llegar á ser un buen poeta.

XI.

En elogio de uno de los mayores generales de nuestros días, con el motivo de haber escrito un gran elogio de Virgilio.

Si por cantar de Enéas las victorias
Con elegante pluma el Mantuano
Mereció de tu mano
Tan profundo respeto y tantas glorias,
¿Qué no merecerá en lo venidero
El que, como Virgilio y como Homero,
Con elegancia y tono competente,
Pueda cantar las tuyas dignamente?

XII.

A la bella estatua de Apolo puesta nuevamente en una de las fuentes del Prado, empezada por el difunto Álvarez, y concluida por don Alfonso Vergaz.

Si el Apolo, Vergaz, fuera Narciso,
Al punto que á la fuente se asomara,
Viendo la perfeccion de su figura,
De sí mismo otra vez se enamorara,
Contemplando del arte la hermosura.
No crean los poetas que su lira
Puede elogiar la estatua dignamente;
Pues creo ciertamente
Que llevar ya Vergaz de polo á polo
Su elogio merecido,
Sólo está concedido
A la lira inmortal del mismo Apolo.

FÁBULAS.

I.

El muchacho y la abeja.

Un inocente muchacho
Con gran descuido dormía
Muy cerca de un colmenar,
Donde una abeja maldita,
Sin saber por qué razon,
Se encendió en sangrienta ira.
Picóle; pero dejó
Tras del aguijón las tripas,
Como les sucede siempre
A todas las pobrecillas.
El muchacho la maldijo
Por su notoria injusticia,
Y cargado de razon,
De esta suerte la decía:
Daño me has hecho, es verdad,
Pero te cuesta la vida,
Pues por hacer mal á otros,
Tú te haces más á tí misma.
Así los murmuradores

Con lenguas atrevidas
Ofenden la buena fama
Del prójimo, por envidia,
Hacen que muera la suya
A manos de su malicia.

II.

Los leopardos y el mono.

Con unos leopardos
Se introdujo un mono,
Por ver que contentos
Jugaban al morro,
Mudaron de juego,
Y empezaron otro,
En que los muchachos,
Cerrando los ojos,
Para ver si aciertan
Reciben mamporros.
El mono los daba
Sin fuerza, y los otros
No sentían daño,
Y acertaban pronto.
Tocóle al pobrete
Ponerse en el potro.
Pero al primer golpe
Perdió medio lomo.
Acertó al instante,
Y encogióse de hombros,
Lloró su desgracia,
Y les dijo á todos
Los entremetidos,
Que no entren en corro,
Ni se anden en juegos
Con los poderosos.

CONTINUACION DE LA FÁBULA DE ROMAN DE PINOS (1),
INSERTA EN EL DIARIO DE 10 DE JUNIO, Y AMPLIACION
DE SU MORALIDAD.

III.

El labrador y el rio.

Un rio salió de madre,
Y un labrador muy experto
Le dejó que se extendiese
En vez de poner remedio.
Reprobaban su descuido
Sus incautos compañeros,
Y el labrador les decía:
Dejadme, que yo me entiendo.
Con la gran inundacion
Se regó todo el terreno,
Y el labrador precavido
Sembró con tino discreto,
En la tierra sazónada,
Trigo, cebada y centeno.
Correspondió la cosecha
A medida del deseo;
Y entonces cuantos lo vieron
Decían, de asombro llenos:
La prudencia de este hombre
Fué el origen de este acierto,
Pues vemos que en este caso
Sacó del daño provecho.
Iba á hacer el fabulacio,
Y me dijo mi tintero:
Déjalo, no es menester,
Pues no hay quien entienda eso.

IV.

El buey y la rana.

Una rana sosegada
Vivia entre unos juncuales,
Adonde se acercó un buey
Muy manso, pesado y grave.

(1) Anagrama de don Ramon de Pison.

La rana se estuvo quieta,
Y ajustaron amistades,
Fiada la rana en su
Mansedumbre inalterable.
Echóse el buey á dormir
Junto á ella; pero el diantre
Hizo que diese una vuelta
Y sin querer la estripase.
Lloraba el buey la desgracia,
Y la rana entre fatales
Agonías le decía:
Yo agradezco tus pesares,
Pero si acaso no muero,
Tendré presente en mis males
Que, por muy buenos que sean,
Para evitar estos lances
Es preciso vivir léjos
De los grandes animales.

HABIENDO GANADO UN AMIGO DEL AUTOR UN PLEI-
TO, EN CUYO SEGUIMIENTO HABIA GASTADO CUAN-
TO TENÍA.

V.

La mona y la cotorra.

Un señor indiano
Tenía una mona
Atada á una reja,
Junto á una cotorra.
En la misma casa
Servía una moza
Muy caritativa,
Llamada Victoria,
Que á la cotorrita
Cuidaba gustosa:
Soltáronse un día,
Y armaron camorra,
La mona atrevida
Y el ave chillona.
Descuidóse ésta,
La mona pillóla,
Y llena de gozo,
La gran picarona
La fué desplumando
Con mucha pachorra.
La cotorra triste
Con voz lastimosa
Pedia socorro
A su protectora,
Y á gritos decía:
Victoria! victoria!
Tú tambien, amigo,
La cantas ahora,
Después de pelado
Como la cotorra.

VI.

Fábula literaria.

En un pobre guardillon
Un sastre tenía un tordo,
A quien habia enseñado
A decir en tono ronco,
A fuerza de repetirlo,
Borracho, Perico, Antonio,
Con otras mil bagatelas
Que se enseñan á los otros.
Escapóse una mañana,
Y se fué con vuelo pronto
Al tejado de una torre
A vivir con otros tordos.
Puesto sobre la veleta
Llamó la atencion de todos,
Y habló la lengua del sastre,
Causándoles gran asombro.
Ofrecióse á poco rato
Hablar en idioma propio,
Y por haberle olvidado
Con un desprecio notorio,
Dijo tanto desatino,